

Amados, amamos



Queridos hermanos y hermanas después de un año muy intenso en la vida de la Orden, de la Iglesia y del mundo, la proximidad de la Navidad nos hace sentir la necesidad de reunirnos en espíritu y oración en torno al Señor nacido por nosotros y siempre presente en medio de nosotros.

Signo e instrumento de unidad

Cuando el Hijo de Dios nació en el establo de Belén, inmediatamente se reunieron en torno a Él pobres y ricos, santos y pecadores, sabios e ignorantes. Todos se sintieron atraídos por Jesús y más unidos entre sí.

Esta es la naturaleza de la unidad de la Iglesia: la comunión de unos con otros es la consecuencia inmediata de la comunión con Cristo. Pero la unidad de la Iglesia no es exclusiva, porque a través de ella Cristo atrae hacia sí a todos los hombres, a todos los pueblos. En efecto, la Iglesia es «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium* 1).

La Iglesia no es esto de manera ideal, es esto a través de nosotros, a través de sus miembros. La naturaleza, vocación y misión de la Iglesia es la identidad, vocación y misión de cada bautizado. Ser signos e instrumentos de la unión íntima con Dios y de la unidad de toda la humanidad es la vocación y misión fundamental de cada uno de nosotros. Nuestra vocación de bautizados es servir a la Iglesia, o mejor: ser Iglesia como signo e instrumento de comunión con Dios y de comunión fraterna con todos.

Esto coincide con el seguimiento que Cristo pide a todo bautizado. Cuando Jesús eligió a los doce apóstoles, lo hizo “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14), es decir, para que cultivaran una íntima amistad con Él y desde allí partieran en misión para reunir a la humanidad en la amistad de Cristo.

Como recuerda con fuerza, pasión y compasión el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*, “sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo”, se trata de estrecharnos al Corazón del Señor para experimentar su amor ardiente por nosotros y

por todos. El Corazón de Cristo nos atrae hacia sí y, al mismo tiempo, nos impulsa en la misión de todo bautizado, que es comunicar a todos el fuego de su amor.

Una gran herencia

Cuando vi a tantos de nuestros autores místicos y santos cistercienses mencionados en la encíclica del Papa, como Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry, Lutgarda, Matilde y Gertrudis de Helfta, al principio sentí orgullo, pero luego me pregunté: ¿Pero vivo yo, vivimos nosotros en la Orden esta preciosa herencia espiritual? ¿Vivimos esta intensa y profunda amistad con el Señor? ¿Cómo transforma nuestras vidas su Corazón, que nos ama infinitamente?

Quizás leemos a nuestros padres o madres con interés intelectual y espiritual; pero ¿qué hacemos con su testimonio y espiritualidad en nuestras vidas, al vivir nuestra vocación?

Ciertamente, el ideal de estos santos es alto, es sublime, es místico. Pero esto no nos justifica, porque estos mismos autores, al igual que el Papa, nos recuerdan que la mística cristiana no es una cima inalcanzable, sino la aceptación de una amistad que Cristo vino a ofrecernos descendiendo hasta nosotros en nuestra frágil condición humana. Es ahí donde debemos dejarnos amar por el Señor y amarle por esta ternura y misericordia.

En efecto, nuestros padres y madres en la fe y en la vocación nos recuerdan que, si de verdad queremos seguir a Jesús, es en su amor donde debemos centrarnos. Todo brota de su Corazón traspasado, culmen de la Pasión redentora y revelación del misterio de Dios. Incluso resucitado, Jesús comenzará a manifestarse mostrando esta herida e insuflando sobre los discípulos el Espíritu Santo que da vida a la Iglesia, Esposa del Señor y Madre de la humanidad regenerada de los hijos de Dios Padre (cf. Jn 20,19-22).

Amados, amemos

Una y otra vez medito y cito una frase esencial de una carta de San Bernardo: *Amati amamus, amantes amplius meremur amari* – Amados, amemos, y amando merecemos ser más amados' (Carta 107).

Bastan las dos primeras palabras: "Amados, amemos". En ellas está dicho todo sobre Dios y todo sobre el hombre. Dios Trinidad sólo podía decir de sí mismo esto: eterna e infinitamente amados, amemos eterna e infinitamente. Todo en la Trinidad es amar y ser amado, sin diferencia entre los dos movimientos, en una coincidencia, en una simultaneidad total entre amar y ser amado que es, al fin y al cabo, la naturaleza de la eternidad, de ese instante sin fin de amor en el que vive Dios, porque el amor en Dios es eterno, una circulación eterna y total de amor infinito.

Cuando nos encontramos con Jesucristo y recibimos el don del Espíritu Santo, el amor de Dios viene a tocar nuestro corazón y comienza para nosotros una relación de amor sin fin, una relación de comunión eterna. Cristo comunica a nuestro corazón la experiencia de ser amado a través de su mirada, su palabra, sus gestos. Lo hace sobre todo a través de la Iglesia, de la comunidad cristiana, es decir, de todas las personas que comparten con nosotros la experiencia de ser amados por Dios, de amarle y de amarnos como Él nos ama. Esta es la mística de comunión que todos estamos llamados a vivir, cada uno con su don, su temperamento, sus cualidades, pero también con sus

limitaciones y fragilidades. Cada vocación en la Iglesia es una forma de esta experiencia. La misión de cada uno es transmitir esta experiencia a todos aquellos con los que nos encontramos.

La vida monástica, tal como nuestros padres y madres nos la transmitieron desde el principio, está llamada a vivir esto con particular concentración, a ser signo del corazón de toda vida cristiana, de toda vocación y misión.

Esta vocación no debe asustarnos, ni entristecernos porque seamos tan incoherentes y estemos tan ocupados en otras cosas, porque nuestro carisma es un manantial inagotable como el amor de Dios, un manantial que está siempre al alcance de nuestra sed y de la sed de toda la humanidad, a la que tanto le falta la conciencia y la experiencia de ser amada para siempre y de poder amar para siempre. Basta que reconozcamos humildemente que es de esto de lo que tenemos sed.

Ya nos consuela en esto el Deuteronomio, cuando nos dice: «Porque este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo, para poder decir: “¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?”. Ni está más allá del mar, para poder decir: “¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?”. El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que lo cumplas.» (Dt 30,11-14)

A menudo no nos abandonamos a la gracia de Dios porque pensamos que tenemos que subir al cielo para obtenerla, cuando en realidad Dios ya ha descendido entre nosotros para dárnosla. ¿No es esto lo que debemos contemplar y acoger con alegría en el Niño de Belén? ¿No es esto lo que se nos recuerda y se nos da en cada Eucaristía?

La alegría de Jesús

Es descubriendo el amor de Dios ya plenamente revelado y ofrecido como podemos experimentar la alegría de Cristo.

Jesús exultó en el Espíritu Santo, exclamando: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien” (Lc 10,21). Así nos ha revelado la naturaleza de su mayor alegría. No tanto la alegría de recibir un don del Padre, sino la de ser Él mismo donado por el Padre a los pequeños, a los pobres, a todos. La verdadera alegría no es recibir algo para uno mismo, sino ser dado por Dios.

Descubrir que uno es un don de Dios es la gracia más grande de la vida. Una gracia que coincide con el descubrimiento de la propia vocación y misión que, en cualquier forma y estado de vida, es un insertarse y conformarse al don del Hijo que el Padre da al mundo. Para vivir esto se nos da el Espíritu Santo, es decir, el Amor en el que el Padre y el Hijo se aman, el amor con el que aman. Es el don que recibimos en el Bautismo y en la Confirmación, en la Eucaristía y a través de todos los sacramentos. Es el don que la Palabra de Dios nos revela y que la comunidad cristiana nos permite encarnar en nosotros y entre nosotros.

Cuando percibimos este misterio, ya no nos preocupamos por lo que podemos recibir de la Iglesia, de nuestra comunidad o de la vocación que abrazamos, porque comprendemos y experimentamos que la Iglesia, la comunidad y la vocación son los

instrumentos a través de los cuales Dios regala al mundo nuestra vida con Cristo. Somos transformados progresivamente por el Espíritu en el don del Hijo del Padre al mundo, a pesar de nuestras resistencias y caídas.

No puede haber mayor utilidad y realización de nuestra vida que ésta, porque el mundo entero sólo necesita a Cristo, y si no le damos a Él es inútil dar nada más.

Que este ser tomados y dados sea una plenitud de alegría, no podemos entenderlo, pero lo experimentamos si con pobreza de corazón nos abandonamos a las manos de Dios que, como el pan de la Eucaristía, toman nuestra nada, la parten para compartirla y la dan sin medida. Es la alegría de los santos, la alegría de los mártires, nuestra alegría que a menudo disfrutamos sobre todo en las pequeñas cosas, ofreciéndonos en los sencillos servicios y atenciones a los demás que el Señor nos pide en nuestra vida cotidiana.

Sin esta disposición a dejarnos tomar como don, crecen en nuestro corazón la tristeza, la insatisfacción y el lamento, haciendo estéril la vida, aunque podamos acumular riquezas y honores mundanos.

Hoy más que nunca es importante ayudarnos a vivir como Jesús para que podamos alegrarnos como Él, dando fruto para el Reino.

Identidad sinodal

Al final del Sínodo de los Obispos, después de un mes de escucha y diálogo con tantos representantes de las Iglesias de todo el mundo, se nos entregó la encíclica *Dilexit nos*. El fruto del Sínodo no debe ser una mejor organización de la Iglesia, que siempre tendrá sus pobreza humanas, sino una ayuda mutua más consciente y decidida, viviendo la comunión, para encarnar la misión del amor de Cristo a la humanidad.

Durante el Sínodo pensé a menudo en la sinodalidad vivida en y entre las comunidades que nos transmitieron san Benito con la Regla y los primeros cistercienses con la *Carta de Caridad*. Pero también aquí me preguntaba: ¿qué hemos hecho de esta preciosa herencia? Debemos admitir que no siempre la hemos vivido bien y, por tanto, no hemos dado suficiente testimonio de ella a la Iglesia.

Pero la sinodalidad, como la mística del Corazón de Cristo, no es sólo una buena práctica: pertenece a la identidad carismática de la Orden, como pertenece a la identidad de la Iglesia. La identidad es como el alma de un cuerpo. No se trata tanto de recuperar un objeto perdido, como de reavivar órganos y músculos que se han atrofiado en nosotros y entre nosotros. La gracia de Dios siempre puede hacerlo, como cuando, en la visión de Ezequiel, todo un valle de huesos marchitos se reunió al soplo del Espíritu y recobró la carne y el alma vivas para que el pueblo de Dios resucitara (cf. Ez 37,1-14).

Necesitamos esta nueva vitalidad del Cuerpo de Cristo que formamos, para ser en el mundo la levadura de un pueblo de Dios que une a la humanidad en la paz y el amor. El mundo entero necesita ser amado para aprender a amar. De lo contrario, la experiencia de ser odiado, hoy demasiado extendida, sólo producirá más odio. La humanidad que sufre grita: “¡Odiados, odiamos!”. Cristo nos envía a proclamar que “amados, amamos”, incluso a nuestros enemigos.

Peregrinos de la esperanza

Cuando pensamos en la sinodalidad de la Iglesia y de nuestras comunidades, no debemos pensar ante todo en el aspecto organizativo. La sinodalidad es esencialmente una cuestión de amor mutuo que brota de la conciencia y la experiencia de que Dios nos ama primero. La sinodalidad hace visible entre nosotros que somos amados por Dios para amar como Él, creando así entre nosotros una comunión capaz de llevar el mundo entero a Cristo.

Me gusta ilustrar la sinodalidad eclesial con el episodio de los cuatro amigos que llevan a un paralítico a Jesús para que lo cure (cf. Mc 2,1-12). Hacen un “camino juntos”, sinodal, en la fe en Jesús, para llevarse a sí mismos y a su amigo enfermo a la presencia del Salvador. Por supuesto, mientras caminan, hablan entre ellos y se escuchan, buscando el consenso y la armonía entre ellos, para compartir la carga del enfermo y el esfuerzo de subirlo al tejado de la casa para bajarlo ante Jesús, ofreciendo cada uno las fuerzas que tiene y pidiendo ayuda para las que no tiene. Entre ellos, la comunión, el amor, la amistad se hace obra, se hace carne y, por tanto, se hace más evidente para ellos mismos, para el paralítico y para los que los ven. Y es este amor mutuo el que, en última instancia, permite que Cristo se manifieste a ellos y a todos como Salvador y Redentor del hombre.

Así es como estamos llamados a vivir la sinodalidad entre nosotros. El paralítico que hay que llevar juntos a Jesús representa a cada uno de nosotros, pero también al mundo entero, a la humanidad enferma, dividida, perdida. Sólo Jesús puede salvarnos a todos, perdonándonos nuestros pecados y curándonos de lo que nos impide caminar en una vida nueva.

La experiencia más hermosa que tengo en la Orden no es cuando todo va bien, sino cuando podemos cuidar juntos a los que van mal. La sinodalidad del cuidado es ya plenitud de comunión, más fecunda que cualquier éxito.

Dentro de pocas semanas comenzará el Jubileo, un tiempo extraordinario de gracia que el Santo Padre ha puesto bajo el lema: “Peregrinos de la esperanza”. El viaje juntos de aquellos que llevaron a Jesús a su amigo necesitado es un icono de lo que significa ser peregrinos de la esperanza. ¿Seremos nosotros, hermanos y hermanas, así juntos y de este modo durante este año jubilar, para recibir la gracia de vivir siempre de este modo, renovando la vida de la Orden y de la Iglesia?

Quizá mi Carta de Navidad se haya convertido poco a poco en una Carta de Pascua... Pero, al fin y al cabo, ¿para qué nació Jesús en Belén, si no es para ofrecer su vida hasta su muerte en la Cruz y resucitar para comunicarnos el don de su vida, que resucita el don de la nuestra?

¡Que esta Navidad nos conceda compartir con alegría y esperanza, como hizo enseguida la Virgen María, el Amor que nos ama gratuitamente y que nos da para amarnos con gratitud!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist